

CAPÍTULO VIII

LOS ITALIANOS EN MADRID: LOCADELO. — MURMURACIONES
CORTESANAS. — DON CARLOS. — DOÑA ISABEL DE VALOIS. —
PRIMEROS VERSOS DE CERVANTES.

Desde que Madrid fué corte, y á medida que iban afluyendo á ella las casas grandes de toda España y las riquezas que en pasados tiempos se desparramaban por la nación ó se escondían, temerosas de las inconsideradas peticiones del César, una nube de italianos cayó sobre la villa. No hacía un siglo que los moros fueron arrojados de España y, la tierra intranquila, faltos de seguridad los caminos y aun las calles, ocupada la grandeza en las guerras constantes ó en la ociosidad, que llegó á ser una ocupación verdadera, malviviendo pobremente el pueblo mísero, toda la balumba de los negocios que en una poderosa y agitada nación se desenvuelven, no encontró una burguesía activa y despierta, capaz de consagrarse á ellos. Comenzaba entonces la industria del dinero á sobreponerse á todas las demás industrias. Expulsados los judíos, y con ellos todas las malas y buenas artes de la finanza, pronto ocuparon sus sitios los sagaces, los astutos, los amorales comerciantes y banqueros venidos de las plutocráticas señorías y de los opulentos ducados de Italia, y en particular, de Génova, de Florencia y de Milán. Italia era un Argos que tenía cien mil ojos abiertos en España; nos chupaba el dinero, nos intervenía los negocios de toda clase, nos perturbaba la política, nos husmeaba los secretos domésticos y suavemente, desfigurados, según su conveniencia particular, los di-

fundía en péfido susurro por toda Europa. Los florentinos y genoveses de Sevilla, de Valencia, de Barcelona manejaban á su gusto y desviaban á su placer las canales maestras, los alcorques, las tornas, por donde circulaba el dinero de España y de América.

Entre tanto, los embajadores acreditados en la corte y los secretos ministros y agentes que en ella mantenían los Estados de Italia, entremetíanse y deslizábanse como escurridizas sierpes por todas partes. El astuto y dúctil carácter de los italianos, la facilidad de su idioma y la maña y buena gracia que se dan para todos los oficios de la destreza mundana y social y hasta para todas las artes de manual habilidad, les abrían las puertas, y cuando uno de ellos veía una puerta abierta ante sí, en breve era dueño de la casa ó por lo menos de la parte explotable y aprovechable de ella. Medio jesuítas, medio masones, los italianos de Madrid se entendían muy guapamente unos con otros, y el regatón ó el percanero que vendía baratijas en una batea junto al atrio de San Pedro ó de San Andrés, sabía muy bien ser útil y entenderse pronto con el embajador veneciano cargado de joyas y revestido de recamados ropones. A cambio de esta especie de constante y dilatada inspección policiaca, nos traían los italianos un poco de literatura de que ellos estaban hartizos y unas migajas de su riqueza pictórica y escultórica para aderezar las frías enormes paredes del Escorial. Hombres de una actividad pasmosa y de increíble aguante, se avenían á ser hoy pasteleros y mañana secretarios áulicos de algún príncipe á quien el día anterior raparon las barbas ó prestaron cien florines. Los graves hidalgos madrileños les miraban por cima del hombro. Los grandes de España aparentaban no sospechar su existencia siquiera, y así ellos vivían, crecían, se enriquecían y una mañana tomaban el portante, hecha la pacotilla, y no se les volvía á ver.

De estos italianos conocía muchos la familia de Cervantes, ya fuera por el oficio del cirujano Rodrigo, ya por sus relaciones con los de Sevilla. Concurrían á la casa un Pirro Boqui, romano, un Francisco Musaquí, florentín ó milanés, un Santes Ambrosi, florentín, que siempre miró con ojos codiciosos la hermosura de doña Andrea.

Un día del 1567 ó del siguiente año presentóse, por indicación de alguno de esos amigos, otro italiano, un tal Juan Francisco Locadelo, comerciante rico y generoso, que se hallaba enfermo por la desigualdad del clima de Madrid, ó que tal vez necesitaba curarse alguna herida, pústula ó llaga, de las que entonces se padecían por lo inseguro del vivir y el general desaseo. Más parece que debía de ser esto último y que Locadelo necesitó ayuda de hilas, parches ó vendas, algo que requiriese la blandura y mimo de las manos femeninas. Había probado ya el doliente italiano diversos remedios; se había aplicado los famosos tópicos del Pinterete, un moro valenciano que con un unguento blanco *repercusivo* y otro negro caliente, decía curar todas las llagas y postemas del mundo; pero lo que más falta le hacía al buen Locadelo era lo que médicos y medicinas no procuran, asistencia cariñosa, cuidado y vigilancia. De nada le servía su riqueza en este hosco Madrid, donde, como extranjero, no había quien le consolase y aliviara su espíritu, pues para ello no le bastaban sus relaciones mercantiles. Doña Andrea de Cervantes fué, para Locadelo, hermana de la Caridad, enfermera, amiga y consoladora en sus pesadumbres. Con nobleza italianesca lo declara Locadelo bajo su firma. «Estando yo ausente de mi natural en esta tierra me ha regalado y curado algunas enfermedades que he tenido assi ella como su padre e hecho por mi y en mi utilidad otras muchas cosas de que yo tengo obligacion a lo remunerar y gratificar... por las causas susodichas e por otras muchas buenas obras que de ella he recibido é porque tenga mejor con que se poder casar e honrar e para ayuda al dicho su casamiento, sin que en ello otra alguna persona, ni sus padres ni hermanos ni alguno de ellos tenga ni haya cosa alguna contra la voluntad de la dicha doña Andrea, la qual los tenga e posea, goze y emplee como ella quisiere e por bien tuviere e los gaste e distribuya a su voluntad...»

Este regalo del agradecido italiano es más que un regalo de boda: treinta y seis piernas de tafetanes amarillos y colorados, una saya de raso negro bordada, cuatro basquiñas de rasos y terciopelos, una ropa de tafetán y terciopelo, tres jubones, seis cofias

de oro y plata, dos mantos de burato de seda, dos escritorios, diez lienzos de Flandes, ocho colchones de Ruan, sábanas, alfombras, escribanías, bufetes, sillas, almohadas, platos, fuentes, jarros, mantelería, colchas, frazadas ó mantas, braseros, candeleros, espejos, botones, rosario, una caja de peines, una vihuela y trescientos escudos de oro en oro; en suma total, el ajuar de una casa de entonces alhajada con lujo, excepto la cama. Bien se ve que Locadelo, contento y curado, regresó á su patria y quiso dejar á doña Andrea todo cuanto en casa de él había, añadiendo al regalo aquello que más puede estimar una mujer, vestidos de coste y de moda nuevos y tela para cortar otros muchos, un devoto rosario y una guitarra quitapenas.

Doña Andrea, presente al acto de la donación, dice y confiesa «que recibo de mano del dicho señor Juan Francisco Locadelo los dichos trescientos escudos de oro en oro y todos los bienes y joyas de suso declarados y que acebto la merced y donacion que de todo ello me haze e le beso las manos.»

¿Queréis ver en ese espléndido presente algo más que el justo pago de los desvelos de una enfermera? ¿Sospecháis en las tiernas expresiones de Locadelo un sentimiento que no sea simple gratitud? No seré yo quien os induzca á hacer un malicioso comentario ni á formular un juicio aventurado. Ciertamente, que no se ve todos los días regalo de tanta entidad; cierto que doña Andrea era de muy buen parecer, como lo prueba el hecho de que tres veces se casó, no siendo nunca rica, pero sin suspicacia ninguna; me parece que será bastante á explicar tal largueza de Locadelo algo que debía de haber en doña Andrea, como reflejo de lo que sin duda había en su hermano Miguel, por lo cual fué de éste la hermana más querida; un incentivo misterioso, una inefable atracción que encadenaba las voluntades y les granjeaba el amor dondequiera. Necio es adoptar el criterio corriente, según el cual hombres vulgares son los que tomamos por genios y como tales hombres comunes proceden y hay que estimarlos en su particular existencia. Desconocimiento de la realidad acusa el no creer en la oculta y arcana influencia del hombre genial, desde niño comunicada á cuantos le rodean. Cortejos donantes tuvo doña

Andrea en Sevilla y no lo hemos de achacar sino á su gracia y donosura.

Donante cortejo fué también Locadelo el italiano; pero no hay precisión de que en nada toquemos á la honestidad para suponer que la dulce compasión dispensada al enfermo y en hechos conmovedores manifestada pudo interpretarla el paciente, acaso en horas de fiebre y desvarío como un sentimiento más hondo, que, siendo imposible llevarlo á términos de boda, mereciera ser recompensado ó indemnizado con mano liberal. Si pudiéramos preguntar á las hermanas de la Caridad y ellas hablasen, ¡cuántos secretos amorosos como el de Locadelo no veríamos revolar en derredor de las tocas! Pero no es verdadero amor el nacido entre los sudores de la fiebre y con la flaqueza del mal; por eso no fué amor verdadero el del italiano á doña Andrea. Repuesto de su dolencia, volvió á su país, con un poco de melancolía en el alma, pero con la conciencia tranquila de haber cumplido su deber. De fijo muchas veces en Italia recordó á aquella tierna y agradable criatura que le sacó de las agonías de la soledad, y evocó su avisado semblante, sus prontos dichos, su ingenio y su amorosa condición. Al marchar, pagó también su cuenta Locadelo á Rodrigo de Cervantes, de seguro la más cuantiosa que el humilde cirujano cobró en su vida; ochocientos ducados, que Rodrigo tuvo el desacierto de prestar á su amigo el licenciado Sánchez de Córdoba, de quien no los recobró jamás, después de haber andado muchos años en pleito con él.

La liberalidad de Locadelo mejoró la existencia de los Cervantes y engendró en Miguel la simpatía entusiástica más tarde, que siempre tuvo á Italia y á los italianos. Posible es, que, en las conversaciones con los que á su casa concurrían, aprendiese de la lengua toscana lo bastante para regalarle el oído con las marciales octavas del Ariosto, á quien de por vida adoró. Ariosto, era el último gran poeta de las Caballerías andantes, como Lucano había sido el primero. Bien se le alcanzaba á Miguel cómo el Orlando era la cumbre y desde ella no se podía hacer sino bajar rodando y despeñarse ó bajar paso á paso riendo, manera de bajar que vale más que subir.

El trato con los italianos, por otra parte, adobó y acicaló su ingenio. Veía y notaba en ellos una ligereza y soltura de que en su conversación y trato carecían los españoles. El carácter alegre de Miguel se avenía mal con la gravedad felipesca de la corte. Por ella habían comenzado á circular negras historias. Desde el mes de Enero, el desmandado y tontiloco príncipe D. Carlos había sido preso en Palacio, secretamente. El Rey, á quien muchos de sus fieles vasallos comparaban con el patriarca Abraham, forzado por mandatos del Señor á sacrificar á su hijo, había participado la nueva á todas las Cortes de Europa y á todos sus Reinos propios. En ninguna de las cartas que dictó se echa de ver la amargura paternal, salvo en la que dirigió al duque de Alba, es decir, al hombre de temple más afine al suyo. Después de anunciada al mundo la terrible noticia, el Rey quiso que el mundo callase; pero ni Felipe II ha logrado que las lenguas abandonen su oficio.

Sabíase que el príncipe Don Carlos, reincidiendo en su locura, cometía nuevas necedades, que ponían en riesgo su vida y destrozaban su menguadísima salud. Decía el pueblo lo que el Rey y los cortesanos nunca quisieron declarar, que el príncipe estaba loco, á causa de la descalabradura de Alcalá. Nadie ignoraba que la herida de la cabeza fué tan grave, que hizo menester legrarle el cráneo, y aun así quedó materia por dentro, como atestiguaron los doctores Chacón, Colmenares y Gutiérrez, presente el eminentísimo Andrés Vesalio. A nadie extrañó, pues, que el príncipe macilento y extenuado que desde niño padeció cuartanas, muriese en el palacio de Madrid, á 24 de Julio de 1568. Sólo la poca diligencia de los historiadores españoles y, hablando claro, la falta de patriotismo propia de nuestros siglos XVIII y XIX, pudieron consentir que se formase la estúpida leyenda del príncipe Don Carlos, en la cual nadie creía en 1568. Por no declarar que su hijo estaba loco, ha cargado Felipe II con las maldiciones y execraciones que acaso por otros motivos mereciera.

A los dos meses y medio de muerto el príncipe, murió también la joven Reina Doña Isabel de Francia, mujer de Felipe II, á quien éste recibió en sus brazos siendo casi niña y se la devolvió al cielo cuando ella aún no había cumplido veintiún años.

Ambos tristísimos sucesos, no sólo dieron mucho que hablar al vulgo, pero también no poco que hacer á la Musa oficial del buen Maestro Juan López de Hoyos, á quien su protector el ya Ilustrísimo y Reverendísimo Cardenal D. Diego de Espinosa, obispo de Sigüenza, Presidente del Consejo Real, Inquisidor apostólico general, etc., etc., encargó una *Relación de la muerte y honras fúnebres del S. S. Príncipe D. Carlos, hijo de la Majestad del Católico Rey Don Felipe II, Nuestro Señor*, en la que el Maestro pasó trabajando todo aquel verano, y que se acabó de imprimir en casa de Pierres Cosin, tipógrafo francés, que habitaba á espaldas del convento de la Victoria, donde hoy es la calle de Espoz y Mina, á 5 de Noviembre de aquel año. Aprobó la obra Fray Diego de Chaves, dominico confesor del príncipe Don Carlos, á 9 de Octubre. Declara el Maestro López de Hoyos que él compuso los epitafios, hieroglíficos y versos "en el poco tiempo que de mis ordinarias lecciones y estudio me queda, con harta brevedad de tiempo (lo cual deseo advierta mucho el pío lector)", y manifiesta que "ultra de lo sobre dicho en nuestro estudio, los estudiantes hicieron muchas Oraciones fúnebres, Elegías, Estancias, sonetos muy buenos con que dieron muestra de sus habilidades". No se imprimieron los versos de los alumnos y por ello no conocemos las primeras obras de Cervantes que en público fueron leídas, pero, indudablemente, dieron tanto gusto á quien las conoció y, en particular al maestro López de Hoyos, que al llegar, muy en breve, la triste ocasión de la muerte de la Reina, el maestro y aun todo el estudio (que entonces no se hacía nada en clase sin contar con los discípulos), acordaron que fuese Miguel quien escribiera los versos castellanos lamentando la regia desgracia.

Figuran estos versos en la *Historia y Relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y sumptuosas exequias fúnebres de la Serenísima Reina de España Doña Isabel de Valois nuestra señora. Con los Sermones, Letras y Epitafios a su túmulo, etcétera, etc.*, impresa en la muy noble y coronada villa de Madrid en casa de Pieres Cosin, año 1569. "Ha hecho discretamente el Maestro López—dice Fray Diego de Chaves en la aprobación del

libro—en poner aquí algunos Sermones de los que á este propósito se han predicado, porque son de muy buena doctrina y *aunque están en vulgar*, ninguna ocasión tomará dellos el pueblo para hacerse bachiller, como de algunas cosas semejantes él se la suele tomar..."

Tanto han repetido unos cuantos majaderos, faltos de finura crítica y de todo olfato artístico, la ridícula opinión de que Cervantes no era poeta en verso, que desde este primer instante en que sus poesías salen al mundo es menester fijarse en ellas, estudiarlas, analizarlas, considerar los pocos años del autor, tener en cuenta su índole de obras de encargo y de tema impuesto... y luego compararlas con todo cuanto se escribía en su época, por ejemplo, con la elegía que por aquel mismo tiempo compuso el Maestro Fray Luis de León á la muerte del Príncipe Don Carlos:

Quien viere el sumptuoso
túmulo al alto cielo levantado...

y su famoso epitafio:

Aquí yacen de Carlos los despojos...

que por andar tan citado y repetido en todos los librucos de Retórica, es familiar y suena bien á las orejas habituadas á él. Los versos de Cervantes en sus veinte años no son mejores ni peores que los del Maestro León, entonces y ahora príncipe de la poesía lírica, cuarentón y en todo el vigor del estro, y estoy por decir que el propio Homero no los hubiese escrito más hermosos con motivo semejante, si se le hubiera exigido que elaborase un soneto, una *redondilla* ó sean dos quintillas del sistema antiguo, cuatro quintillas dobles y una elegía en tercetos, dirigida, en nombre de todo el estudio, al cardenal D. Diego de Espinosa, la cual por cierto, comienza con estos tres versos de gran poeta

¿A quién irá mi doloroso canto,
ó en cuya oreja sonará su acento
que no deshaga el corazón en llanto?...

El triunfo de Miguel fué, á no dudar, grandísimo, cuanto podía serlo en ocasión tan famosa. Se hombreaba aquel poeta prin-

cipiante con su propio Maestro, con el gravísimo doctor Francisco Núñez Coriano y con otros escritores de nota y autoridad. Justificado era ya el orgullo del Maestro López de Hoyos. Su caro y amado discípulo daba seguro y firme el primer paso, tratando "cosas harto curiosas con delicados conceptos," y "usando de colores retóricos." Reparad en este singular elogio. Entonces, no había elegía ni canción buena si el autor no ponía en ella *conceptos* y *colores retóricos*. Recorred las obras mejores, las más celebradas y populares de Fray Luis de León, apartad las estrofas en que sentís arder la misteriosa llama y hallaréis en lo demás *conceptos* y más *conceptos*.

Así, pues, no erró ni exageró en sus alabanzas el maestro López de Hoyos: Miguel de Cervantes era ya un gran poeta que á los veinte años saltaba á la más alta cima del Parnaso. Y bueno será que ahora, pasados tres siglos y medio, hagamos memoria de sucesos más recientes y, pues Miguel se reveló como gran poeta con motivo de un funeral, no olvidemos á aquel otro poeta grande del siglo XIX, que brincó á la celebridad también á los veinte años y en un entierro. Y no será malo que comparéis la elegía de Zorrilla, del gran Zorrilla, á la muerte de Larra, con la elegía de Cervantes, de nuestro gran Cervantes, á la muerte de la Reina Doña Isabel de Valois. Nació Cervantes, como Zorrilla, gran poeta en verso, pero el discurso de su vida y la superioridad de su genio le forjaron gran poeta en prosa. Parad siempre la atención en esos adolescentes pálidos que leen ó escriben versos al borde de las tumbas de poetas desventurados ó de princesas muertas en la juventud, y no os fijéis mucho en lo que dicen, que acaso no valga nada, sino en cómo lo dicen y en cómo lo sienten. Un verso solo que en esa primera obra febril haya bueno tal vez es la llave que les abre la puerta de la inmortalidad.

CAPÍTULO IX

ENCUENTRO CON EL AMIGO MATEO.—LA CANCIÓN DE LA REINA MUERTA.—MONSEÑOR JULIO AQUAVIVA.—LA PRIMERA SALIDA DEL INGENIOSO HIDALGO

Llegado á la cima del poder civil por ser Presidente del Consejo Real, á la del poder eclesiástico por su investidura de Cardenal de la Santa Iglesia Romana, título de San Esteban de Monte Celio y á la del poder más misterioso y temible de entonces, por ser Inquisidor Apostólico general en los reinos y señoríos de España contra la herética pravedad y apostasía, el Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. D. Diego de Espinosa, que por su prudencia y discreción fué además en extremo apreciado del Señor Don Felipe II, á quien gustaba mucho que sus servidores tuvieran algo que callar y estuviesen hechos á callarlo, recordó el tiempo en que moceaba en Sevilla y pensando, pensando, vínole á la memoria cuán conveniente le sería recoger al joven Mateo Vázquez, con quien algunos lazos le ligaban, el diablo sabía cuáles. Trájole, pues, á la corte y quedó satisfecho de su estampa y maneras. Mateo Vázquez, medio paje, medio secretario del Presidente, supo desde el primer momento guardarse toda su agudeza y chancería sevillanas en lo más oculto del pecho y, al verse zambullido en la negra masa de togas, garnachas y lobs pomposas de terciopelo que rodeaba, por lo común, á su protector ó lo que fuere, acertó á fingir un continente de gravedad y modestia que decía muy bien con sus cortos años. El que andaba holgadamente por Sevilla en aquellos tiempos, desembarazadamente podía entrar en palacios